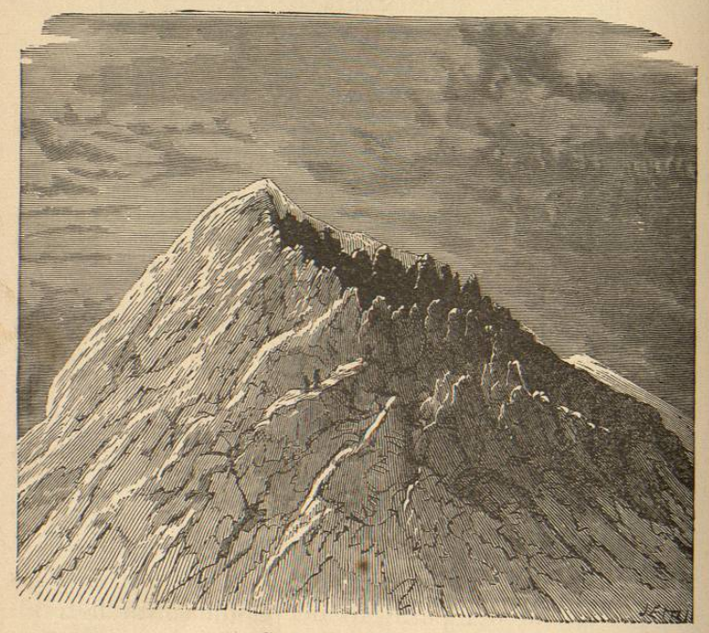
ran templos de Satanás, que un millar de estos edificios de adobe, levantados para confundir al enemigo malo á costa de los oprimidos hijos del trabajo.

Veia yo en mi imaginacion marchar por esas largas calles las antiguas procesiones de los indígenas, con sus lúgubres cánticos y sus horrísonos instrumentos, procedentes de todas partes para asistir al sacrificio. Figurábame ver los cuerpos de las víctimas



CIMA DEL ORIZABA.

arrojados al despeñadero á la vez que los sacerdotes, salpicados de sangre, levantaban á lo alto el corazon palpitante aun, miéntras el pueblo prorumpia en hosanas á sus dioses. Y fácilmente veia en mi fantasía al buen dios Quetzalcoatl despidiéndose de su pueblo, justamente como ántes lo habia hecho el Cristo, y prometiéndole volver mas tarde con nuevos dones celestiales.

CAPÍTULO XI.

REVISTA HISTÓRICA—PRIMITIVA, COLONIAL, Y REVOLUCIONARIA.

CIVILIZACIONES AMERICANAS—NAHUAS Y MAYAS—EL MÉJICO DE LOS AZTECAS—VENIDA DE LOS EUROPEOS—CONQUISTA—ÈPOCA COLONIAL—DESAFECTO—DEBILIDAD DE ESPAÑA—EL VIREY ITURRIGARAY—SU INICUO RÉGIMEN—CRECEN LAS DIFICULTADES EN ESPAÑA—CAMORRAS ENTRE LAS AUTORIDADES DE NUEVA ESPAÑA—CIZAÑA—VENEGAS—NACIMIENTO DE LA INDEPENDENCIA DE MÉJICO—HIDALGO—ALLENDE—EL GRITO DE DOLORES—MORELOS—GUERRERO—BRAVO—VICTORIA—RAYON—MINA—BATALLA—TRIUNFOS Y DERROTAS—PROGRESO DE LA REVOLUCION—CONSÚMASE LA INDEPENDENCIA—EPISODIO DE ITURBIDE.

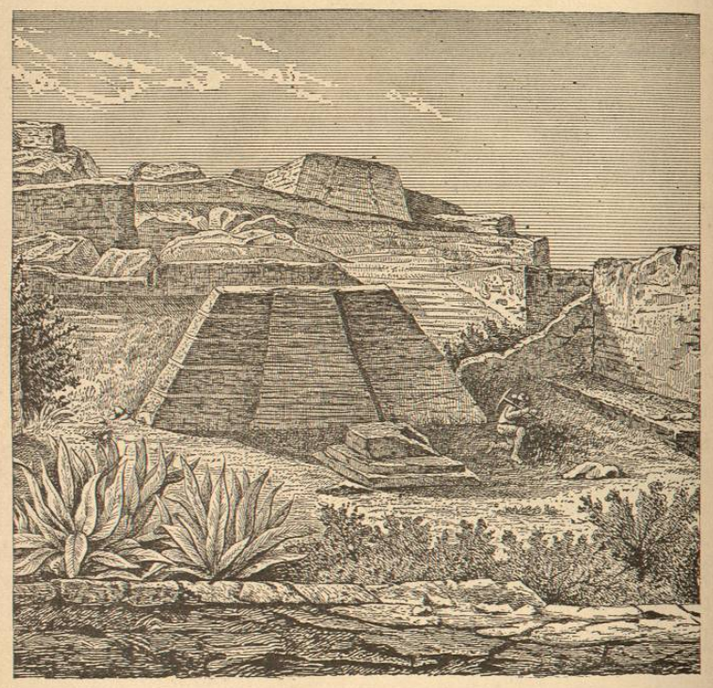
Para comprender mejor el período de la historia, en que la vida de Porfirio Diaz tiene un participio tan notable, conviene reseñar ligeramente los anales primitivos de la nacion, sin perder de vista la influencia sin límites que tienen sobre los asuntos del dia, la época de los aborígenes y la colonial.

La civilizacion mas avanzada del Continente Norte Americano, en la época de la conquista, se habia centralizado en el valle de los lagos de Méjico, á pesar de que al sur del paralelo del Usumacinta floreció, por lo ménos en época anterior, una cultura de tipo mas elevada. El territorio intermedio, conocido respectivamente con los nombres de Nahua y Maya, puede colocarse en los valles entre las montañas de Oajaca, á cuyo pueblo he aludido ántes, y en donde los restos arqueológicos presentan rasgos característicos bajo muchos aspectos.

La semejanza de los rasgos que indican cierta intimidad y tal vez el mismo orígen, se atribuye á la influencia tolteca, nombre asociado á todo lo que es

noble y grande, y que figura al principio de las Sagas del Anáhuac, como el de las familias reinantes.

Se les ve así mismo en primer término como héroes de cultura y constructores de ciudades y templos, que mas tarde fueron lugares sagrados para la posteridad que los admira; y en la actualidad son objetos de estudio para los anticuarios, como se ve en Cholula y en Teotihuacan.

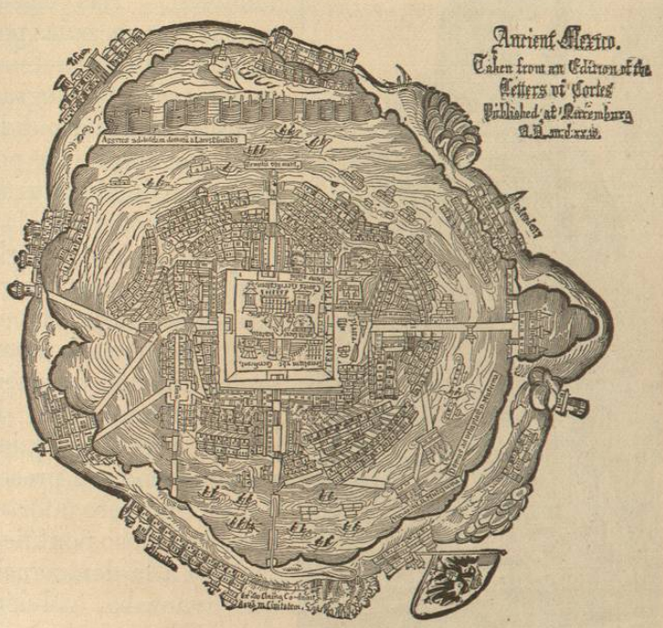


Ruinas de la Quemada.

Vivieron en el siglo de oro de los Nahuas y despues del trascurso de cinco centurias, acabaron con ellos la guerra civil y las epidemias. Otras tribus mas fuertes y mas rudas ayudaron entónces á elevar al poder otra línea de dinastías, conocidas con el nombre de Chichimecas, bajo las cuales las luchas de monarcas

ambiciosos forman el tema principal de las leyendas míticas, alterando aquellas con la construccion de varias ciudades, como capitales dominantes, y la entrada de pueblos extraños á título de conquistadores y colonos.

Hallamos entre éstos á los Aztecas que, huyendo de la persecucion, se refugian en la orilla sud-oeste del lago de Tezcuco, y allí fundan la ciudad insular de Méjico. Pasado un siglo se encuentran bastante fuer-



Méjico en el Tiempo de los Montezumas.

tes para exigir el segundo lugar en una confederacion tripartita, compuesta de los Tepanecas de Tlacopan y los mas poderosos Acolhuas de Tezcuco, que domina el valle y lleva su poder mas allá de sus límites.

Bajo Montezuma I. arrebatan la supremacía á sus aliados y en el curso de las seis décadas que siguen, continuando la conquista, se extiende el imperio azteca, de océano á océano, dejando libres de su yugo

solamente á la atrevida republiquita de Tlascala, el reino de Michoacan, las tribus salvajes desde Querétaro hácia el Norte, y los chiapanecas hácia el Sur; á la vez que los zapotecas, los miztecas, y otras naciones situadas mas adelante lo sacuden tan luego como se retiran los ejércitos invasores.

GUERRERO AZTECA.

Conforme va extendiéndose el imperio, crecen los elementos de su debilidad. Las clases medias, encabezadas por los importantes gremios de comerciantes, logran un ascendiente decidido en el terreno de la política, con detrimento de los ambiciosos nobles. Á principios del siglo diez y seis, logran estos últimos sentar en el trono á Montezuma II., hombre de talento y astucia y del mismo modo de pensar que ellos, quien sostenido por su prestigio de guerrero afortunado y piadoso pontífice, rechaza á la democracia que avanzaba, volviéndola á la esfera de la subordinacion.

La impopularidad despertada de esa manera, acrecienta las costosas guerras nacidas de la ambicion, y de una corte despilfarrada que oprime á la par á los súbditos y á las naciones tributarias. Sobre estas últimas, además de las exacciones gravosas, recae la detestable obligacion de ministrar víctimas para los

sacrificios humanos, convirtiendo el descontento general en un odio profundo.

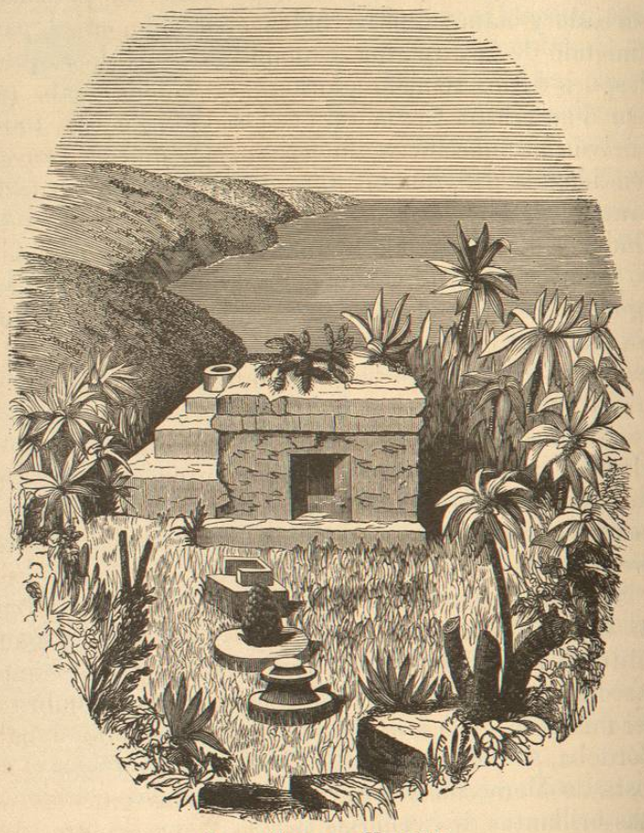
Con el deseo de la libertad se excita á la vez la esperanza remota de la venida de un Mesías, prometído por los mitos, en la persona de Quetzalcoatl, héroe apacible é ilustrado, divinizado creador del siglo de oro de los toltecas, y descrito como un personaje barbado y blanco que se habia aparecido en el país, viniendo de la direccion de donde sale el sol, y quien despues de un reinado glorioso, se habia vuelto por mar á su misma tierra del oriente. Hácia allá todos vuelven los ojos llenos de esperanza conforme van extendiéndose los rumores que difunden algunos traficantes llegados del litoral, de haber venido allí casas aladas y flotantes conduciendo hombres blancos. Cada acontecimiento extraño se interpreta ahora por los agoreros, como pronóstico portentoso, que las masas populares en susurros traducen por convulsiones políticas y destronamiento de los tiranos.

Ya habia trascurrido la cuarta parte de un siglo desde que Colon descubrió la existencia del Nuevo Mundo: las Antillas habian sido pobladas, y recorridas las provincias del istmo, excitando con sus relaciones de oro, perlas, y esclavos el apetito insaciable de los aventureros á caza de fortuna.

Se habia organizado una docena de expediciones en busca de nuevos campos, que una imaginacion exaltada revestia con brillantes riquezas, las cuales se acrecian en proporcion al aumento de la distancia y del misterio. En una de esas aventuras mandada por Córdoba, se descubrió á Yucatan. Otra recorrió la costa de Veracruz, y trajo á su regreso las relaciones mas brillantes de hermosas tierras y rios de oro, para entusiasmar á los pobladores de las Antillas, dejando al mismo tiempo estupefactos á los hijos de la Nueva España, exaltados con las ideas de una aparicion divina, que á Montezuma y á los suyos, sonó como el toque funerario para el derrumbamiento de los tronos.

Así fué como en medio del regocijo y del temor,

Cortés y su banda de seiscientos, pisaron la playa del golfo recibiendo una cordial bienvenida, como descendientes del barbado Quetzacoatl, y como hijos del sol. El capitan español no tardó mucho en acomodarse á este error de la imaginacion, y cuando supo de las grandes ciudades y del esplendor imperial que habia



En la Costa de Yucatan.

en el interior, y de la discordia que reinaba entre aquellas gentes, quedó sellada la suerte de Montezuma.

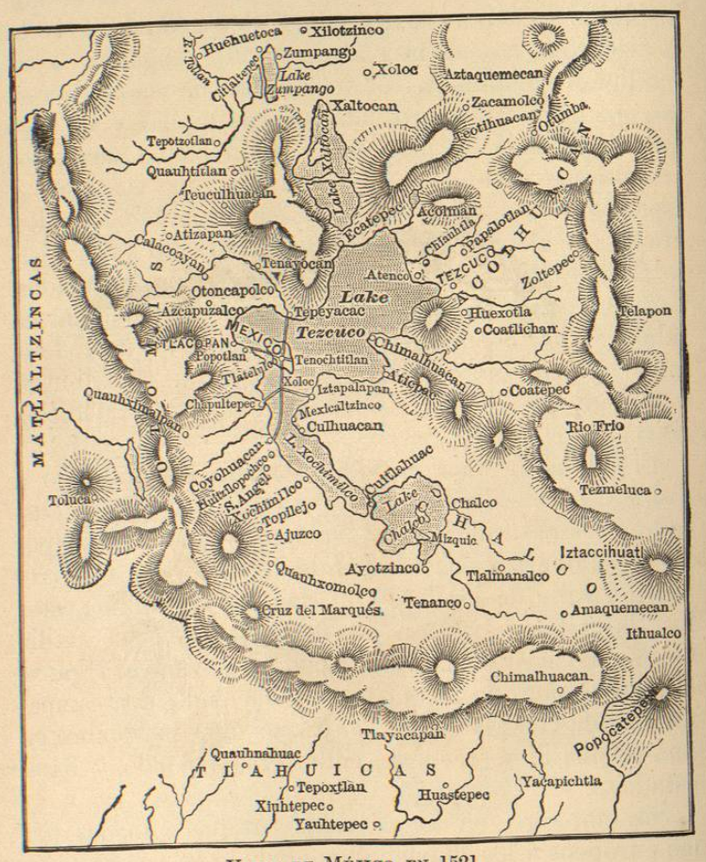
Valiéndose de hábiles intrigas llegó á dominar enteramente la expedicion, en la que hasta entónces solo

habia figurado como capitan; destruye la flota para hacer imposible la retirada, vinculando así á los soldados á su proyecto, y dando á sus brazos el temple que produce la desesperacion. Emprende luego la marcha para la capital de Montezuma, ganando á su causa tribu por tribu, aprovechándose del pavor que inspiraba su supuesta divinidad, despertando á veces la discordia, la codicia y el deseo de venganza, ó infundiendo, finalmente, el temor con sus veloces corceles, sus armas de acero, sus cotas de malla, y el rayo que encerraban sus mosquetes; todo lo cual para estos americanos desnudos, sin mas armas que sus arcos y espadas de pedernal, parecian fuerzas sobrenaturales. Hasta los altivos Tlascaltecas despues de varias derrotas, se le adhieren. Seguido por numerosos aliados, Cortés entra á Méjico apoderándose del emperador en rehenes: por conducto de él se hace dueño de todo el imperio, exigiendo el homenaje y cobrando tributos, á la vez que con astucia triunfa de una expedicion rival.

El contacto mas inmediato viene sin embargo á disipar el halo divino, que hasta entónces habia ofuscado á los naturales, y atormentados los aztecas por las extorsiones y crueldades de los invasores, los arrojan del valle de los lagos. Mas por fortuna de estos los tlascaltecas permanecen leales, y con su auxilio Cortés se hace de nuevos aliados, y vuelve á ganar el terreno perdido por el pavor, haciendo una campaña dirijida con prudencia y escribiendo su nombre en una página imperecedera, como gran soldado y hábil estadista.

Sin embargo, en todas estas batallas ganadas por los europeos á los americanos, casi no se ve otra cosa que la victoria alcanzada por medio de armas científicas y pericia militar, sobre masas indisciplinadas. A pesar de que la conquista se verificó, debido principalmente á las intrigas y á la discordia intestina de los conquistados, derramándose la sangre á torrentes y procediendo con un egoismo sin precedente, no dejó

de producir, algun bien, sustituyendo como lo hizo, á los crueles sacrificios una religion mas apacible, y abriendo el camino para una cultura mas elevada, en cuyo largo curso se encuentran mezclados bienes y males.



Valle de Méjico en 1521.

De aquí en adelante, la cruz y la espada van alternativamente á la vanguardia de los descubrimientos y de la subyugacion de las provincias. Á los pocos años se revelan los misterios del Sur; Yucatan presenta sus imponentes templos, se rasga el velo que

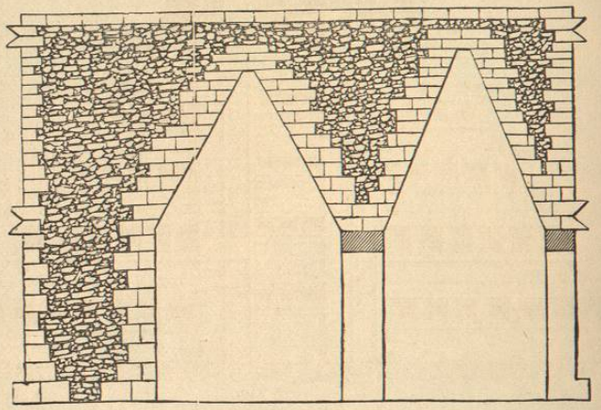
cubre las regias córtes de los Quichés y los Cakchiqueles, y Honduras llega á ser el campo de batalla de conquistadores rivales, miéntras que hácia el Norte son atravesadas las cumbres veteadas de plata de la Sierra Madre, en busca de ciudades fabulosas que atraen á los exploradores hasta los límites de Utah y Kansas. Todavía hay mas tierras que explorar, pero

Palacio en Uxmal.

nada vale su adquisicion; el soldado entónces se vuelve agricultor y cabeza de familia, rodeándose de una banda de dependientes y trabajadores humildes del país, á quienes maltrata con frecuencia. Estos tienen, sin embargo, poderosos campeones en los sufridos frailes que se dirigen por todas partes buscando vasallos para la iglesia y para el rey, reemplazando los

templos de la idolatría con conventos y capillas, y enseñando la sumision con cánticos y símbolos, á la vez que dan proteccion á los oprimidos y alivio á los que sufren.

La agricultura recibe nuevo impulso de la ciencia europea. Se explotan las minas, y en todas partes se levantan poblaciones protegidas por las líneas de presidios. Los caminos reales se ven llenos de trenes que conducen mercancías y metales preciosos, que á su vez desarrollan un tráfico floreciente entre España y las Antillas. Se botan al mar del Sur nuevos bajeles que traen la especiería de las Indias, formando para la Nueva España un rico comercio trasoceánico

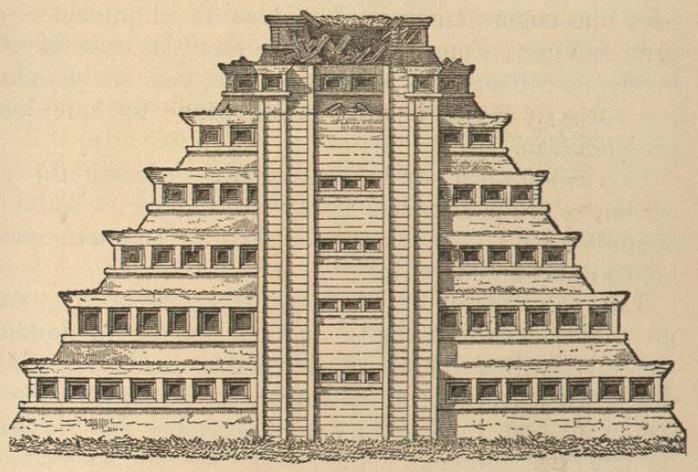


Edificio Antiguo.

Quedan ya realizados los sueños dorados de los primeros aventureros, aunque tarde y no siempre con el beneficio personal que se esperaba.

Méjico se ha levantado de sus ruinas para ser la residencia de los vireyes, y mas grande que el caido imperio. Abundan los profesores instruidos, y revoletean los cortesanos en torno de los representantes de la majestad, para dar el tono á una sociedad que desde muy al principio se jacta de una educacion universitaria local, y de las bellas artes. Los vireyes eran, por regla general, hombres tan buenos y hábiles

como su señor, y por lo regular tenian la experiencia adquirida en su carrera oficial anterior; pero sobre todo resueltos á mantener al país en estado de colonia, tributaria servil no solo de la corona, sino del comercio y de las fábricas de la Península. Se introducen nuevas artes é industrias, es verdad; pero solo cuando no pugnan con las prerogativas de los españoles en la madre patria. Quedan, en consecuencia, suprimidas una multitud de empresas convenientes y aun necesarias, siguiendo una política tan mezquina que no se



Pirámide en Vera Cruz.

detiene ni ante la injusticia mas palmaria. Tampoco desea el español que los naturales conozcan sus propias riquezas así como que otras naciones conozcan el orígen de su opulencia.

Se pone una barrera de aislamiento á las colonias, llegando hasta separarlas unas de las otras y manteniéndolas casi ignoradas para el resto del mundo. El período vireinal tiene pocos acontecimientos notables, si se comparan con las escenas conmovedoras y terribles luchas de la delirante Europa.

Y á pesar de eso, hay de vez en cuando algunos